

LOS JUEGOS DEL HAMBRE
BALADA DE
PÁJAROS CANTORES
Y SERPIENTES

SUZANNE COLLINS



RBA

Este libro es una obra de ficción.
Los nombres, los personajes, los lugares y los hechos
que se narran son producto de la imaginación de la autora
y se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales,
vivas o muertas, establecimientos comerciales,
hechos y lugares es totalmente casual.

Título original inglés: *The Ballad of Songbirds and Snakes*.
Autora: Suzanne Collins.

© Suzanne Collins, 2020.

Publicado originalmente en lengua inglesa en Estados Unidos
por Scholastic Press, un sello de Scholastic Inc.
Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello
y Manuel de los Reyes García Campos, 2020.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2020.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Imagen de la cubierta: Tim O'Brien.
Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.

Primera edición: junio de 2020.

RBA MOLINO
REF.: ODBO702
ISBN: 978-84-272-2200-7

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Para Norton y Jeanne Juster

Por tanto, resulta evidente que, cuando los hombres viven sin un poder común que los aterrorice, se hallan en un estado que denominamos guerra; y se trata de una guerra de todos contra todos.

THOMAS HOBBES, *Leviatán* (1651)

El estado de naturaleza tiene una ley de naturaleza que lo rige y que concierne a todos; esa ley es la razón, y enseña a toda la humanidad que desee consultarla que, siendo todos iguales e independientes, nadie debe perjudicar a otro en lo que atañe a su vida, su salud, su libertad o sus posesiones...

JOHN LOCKE, *Segundo tratado sobre el gobierno* (1689)

El hombre nace libre; pero siempre va cargado de cadenas.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *El contrato social* (1762)

Dulce es el saber de la naturaleza;
nuestros entrometidos intelectos
sus hermosas formas alteran:
para diseccionar, matamos.

WILLIAM WORDSWORTH, «Cambian las tornas»
Baladas líricas (1798)

Pensé en las prometedoras virtudes que había demostrado al principio de su existencia, antes de que la aversión y el desdén de sus protectores erradicaran sus bondadosos sentimientos.

MARY SHELLEY, *Frankenstein* (1818)

Primera parte

EL MENTOR

1

Coriolanus dejó caer el puñado de col en la olla de agua hirviendo y juró que llegaría el día en que aquella verdura no volvería a tocar sus labios. Sin embargo, el día todavía no había llegado. Necesitaba comerse un cuenco enorme del anémico vegetal y beberse cada gota de la sopa para que no le gruñera el estómago durante la ceremonia de la cosecha. Era una de las precauciones de la larga lista que preparaba para ocultar el hecho de que su familia, a pesar de residir en el ático del edificio de viviendas más opulento del Capitolio, era más pobre que la escoria de los distritos. Que, a sus dieciocho años, el heredero de la casa de los Snow, antes tan grandiosa, no contaba más que con su ingenio para sobrevivir.

Le preocupaba el estado de su camisa para la cosecha. Contaba con un par de pantalones oscuros bastante aceptables, comprados en el mercado negro el año anterior, pero la gente se fijaba en la camisa. Por suerte, la Academia proporcionaba los uniformes que debía llevar a diario. Sin embargo, habían pedido a los estudiantes que, para la ceremonia, se vistieran con elegancia, sin olvidar la solemnidad que requería la ocasión. Tigris le había pedido que confiara en ella, y él así lo hacía, ya que la habilidad de su

prima con la aguja lo había salvado hasta ese momento. Aun así, no esperaba un milagro.

La camisa que habían desenterrado del fondo del armario (de su padre, recuerdo de tiempos mejores) estaba manchada y amarillenta por el paso del tiempo, le faltaban la mitad de los botones y tenía una quemadura de cigarrillo en uno de los puños. Una prenda que estaba en tan malas condiciones que ni siquiera la habían vendido cuando les acució la necesidad, esa era su camisa para la cosecha. Aquella mañana, al entrar en el dormitorio de su prima, no estaban ni ella ni la camisa. No era buena señal. ¿Acaso Tigris se había rendido y había decidido aventurarse en el mercado negro, en un último intento desesperado por encontrarle una vestimenta? ¿Y qué demonios poseía que pudiera entregar a cambio? Solo una cosa: ella misma, y la casa de los Snow todavía no había caído tan bajo. ¿O acaso lo estaba haciendo mientras él salaba la col?

Pensó en la gente que podría ponerle precio. De nariz larga y puntiaguda, y extrema delgadez, Tigris no era una gran belleza, aunque su dulzura y su vulnerabilidad invitaban al abuso. Encontraría compradores si decidía buscarlos. La idea le revolvió el estómago, se sentía impotente y se despreciaba por ello.

Desde el interior del piso oyó que sonaba la grabación del himno del Capitolio, *La joya de Panem*. La trémula voz de soprano de su abuela se unió a ella y rebotó por las paredes.

Joya de Panem,
poderosa ciudad
resplandeciente desde el albor.

Resultaba doloroso oírla desafinar y cantar siempre desacompañada. El primer año de la guerra ponía la grabación los días festivos para inculcar el patriotismo en Coriolanus,

que entonces tenía cinco años, y en Tigris, que tenía ocho. El recital diario no había dado comienzo hasta aquel negro día en que los rebeldes de los distritos rodearon el Capitolio, dejándolo sin suministros durante los dos años siguientes de la guerra. «Recordad, niños —solía decirles—: nos han sitiado, pero ¡no vencido!». Entonces cantaba el himno por la ventana del ático, mientras las bombas llovían sobre ellos. Su pequeño acto de desafío.

Humildes nos arrodillamos
ante tu ideal,

Y las notas que nunca lograba alcanzar...

y te prometemos nuestro amor.

Coriolanus esbozó una mueca. Los rebeldes llevaban una década guardando silencio, no así su abuela. Todavía quedaban dos estrofas para terminar.

Joya de Panem,
corazón de la justicia,
coronado tu mármol de sabiduría.

Se preguntó si sería posible absorber parte del sonido añadiendo más muebles a la casa, aunque se trataba de un planteamiento puramente teórico. En aquel momento, su ático era un microcosmos del Capitolio en sí, marcado por las cicatrices de los implacables ataques rebeldes. Las grietas recorrían las paredes de seis metros de altura, las molduras del techo estaban salpicadas de agujeros dejados por fragmentos de yeso caído y unas feas tiras de cinta aislante negra sujetaban los cristales rotos de las ventanas en arco que daban a la ciudad. A lo largo de la guerra y la década posterior, la familia se había visto obligada a vender o

trocar muchas de sus posesiones, de modo que algunas de las habitaciones estaban completamente vacías y cerradas, y, en las demás, pocos muebles quedaban. Y, lo que era peor, durante el frío intenso del último invierno del asedio habían tenido que sacrificar elegantes enseres de madera labrada e innumerables volúmenes de libros para alimentar la chimenea y evitar morir congelados. Había llorado cada vez que veía las coloridas páginas de sus libros ilustrados (los mismos que había leído junto a su madre con tanta atención) reducidas a cenizas. Pero mejor triste que muerto.

Como había estado en los pisos de sus amigos, Coriolanus sabía que la mayoría de las familias ya habían empezado a reparar sus hogares, pero los Snow ni siquiera se podían permitir unos metros de lino para una nueva camisa. Pensó en sus compañeros de clase, que estarían examinando sus armarios o poniéndose sus nuevos trajes a medida, y se preguntó durante cuánto tiempo podría mantener las apariencias.

Tú nos das la luz,
tú nos unes de nuevo,
y a ti te entregamos nuestra vida.

Si la camisa remozada por Tigris resultaba inservible, ¿qué haría? ¿Fingir que tenía la gripe y avisar de que estaba enfermo? Lo tacharían de débil. ¿Presentarse con la camisa del uniforme? Lo considerarían irrespetuoso. ¿Embutirse en la camisa roja que le quedaba pequeña desde hacía dos años? Lo tildarían de pobre. ¿La opción aceptable? Ninguna de las anteriores.

Puede que Tigris hubiera ido a pedir ayuda a su jefa, Fabricia Loque, una mujer tan ridícula como su nombre, pero con evidente talento para la moda reciclada: ya se pusieran de moda el cuero, las plumas, el plástico o la felpa, ella encontraba la forma de incorporarlos a un precio razonable.

Como a Tigris no se le daban bien los estudios, había renunciado a la universidad tras graduarse en la Academia para perseguir su sueño de convertirse en diseñadora. Se suponía que era una aprendiz, pero Fabricia la trataba casi como a una esclava, y le exigía masajes en los pies y que quitara sus largos cabellos de color magenta, que obstruían los desagües. No obstante, Tigris no se quejaba nunca, y no permitía que nadie criticara a su jefa porque estaba encantada y muy agradecida de haber conseguido un puesto dentro de la industria de la moda.

Joya de Panem,
reflejo del poder,
fuerza en la paz, escudo en la guerra.

Coriolanus abrió el frigorífico con la esperanza de encontrar algo con lo que darle más sabor a la sopa. La única ocupante del electrodoméstico era una sartén metálica. Cuando levantó la tapa, una pastosa papilla de patatas ralladas le devolvió la mirada. ¿Acaso su abuela por fin había decidido cumplir su amenaza de aprender a cocinar? ¿Sería comestible aquella porquería? Tapó de nuevo la sartén hasta tener más información que analizar. Menudo lujo habría sido tirarla a la basura sin pensárselo dos veces. Menudo lujo tener basura. Recordó, o creyó hacerlo, cuando era muy pequeño y veía los camiones de la basura de los que se encargaban los avox (los obreros sin lengua eran los más cumplidores, según su abuela) zumban por las calles, vaciar las enormes bolsas de basura, los contenedores, los artículos domésticos viejos. Hasta que llegó el momento en que nada era desechable, todas las calorías eran buenas y cualquier objeto podía cambiarse por algo, quemarse para protegerse del frío o pegarse a la pared a modo de aislamiento. Todos habían aprendido a despreciar el despilfarro, aunque empezaba a ponerse de moda otra vez, insidioso. Se-

ñal de prosperidad, como una camisa en condiciones.

Con tu mano acorazada
protege nuestro Capitolio, nuestra vida,

La camisa. La camisa. Su mente a veces se obsesionaba así con un problema (con cualquier cosa, en realidad) y no lo soltaba. Como si controlar un elemento de su mundo lo salvara de la ruina. Era una mala costumbre que le impedía ver otros posibles riesgos. La tendencia a la fijación estaba programada en su cerebro, y era muy probable que acabara con él si no aprendía a superarla.

La voz de su abuela graznó el crescendo final.

¡nuestra tierra!

La vieja loca todavía se aferraba a los días anteriores a la guerra. La adoraba, pero hacía muchos años que había perdido el contacto con la realidad. Siempre que se sentaban a comer, parloteara sobre la legendaria grandeza de los Snow, incluso cuando su dieta consistía en sopa aguada de alubias y galletas saladas rancias. Y oyéndola hablar se diría que les esperaba un futuro glorioso, sin lugar a dudas. «Cuando Coriolanus sea presidente...», solía comenzar sus frases. «Cuando Coriolanus sea presidente» todo se corregiría como por arte de magia, desde la cochambrosa fuerza aérea del Capitolio hasta el desorbitado precio de las chuletas de cerdo. Era una suerte que el ascensor roto y sus piernas artríticas le impidieran salir mucho de casa, y que sus escasas visitas estuviesen tan fosilizadas como ella.

La col rompió a hervir y perfumó la cocina con el aroma de la pobreza. Coriolanus la apuñaló con una cuchara de madera. Tigris seguía sin aparecer. Pronto sería demasiado tarde para llamar y poner una excusa. Ya estarían todos reunidos en el Salón Heavensbee de la Academia. Tendría que

enfrentarse al enfado y a la decepción de su profesora de comunicaciones, Satyria Click, que había hecho campaña para que le concedieran uno de los veinticuatro codiciados puestos de mentor de los Juegos del Hambre. Además de ser el favorito de Satyria, era su asistente, y seguro que lo necesitaría aquel día. La profesora era impredecible, sobre todo cuando bebía, y eso se daba por hecho el día de la cosecha. Lo mejor sería llamar y avisarla, decirle que no paraba de vomitar o algo así, pero que haría todo lo posible por recuperarse. Se preparó mentalmente y, cuando se disponía a coger el teléfono para alegar enfermedad extrema, se le ocurrió otra cosa: si no aparecía, ¿dejaría la profesora que lo sustituyeran como mentor? Y, en tal caso, ¿mermaría eso sus posibilidades de conseguir uno de los premios que entregaba la Academia a los graduados? Sin ese premio no podría permitirse ir a la universidad, lo que significaba quedarse sin carrera, lo que a su vez significaba decirle adiós a su futuro, y a saber qué pasaría con su familia, y...

La puerta principal, combada, se abrió entre raspones y gruñidos.

—¡Coryo! —lo llamó Tigris, y él colgó el teléfono de golpe. Se había quedado con el apodo que su prima le había puesto de pequeño.

Salió corriendo de la cocina, chocó contra ella y a punto estuvo de derribarla, pero la muchacha estaba demasiado emocionada para regañarlo.

—¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí! Bueno, al menos he conseguido algo. —Dio unos cuantos pasos rápidos sin moverse del sitio mientras levantaba una percha envuelta en una vieja funda para trajes—. ¡Mira, mira, mira!

Coriolanus abrió la cremallera de la funda y sacó la camisa.

Era preciosa. No, mejor aún: era elegante. El grueso lino ya no era ni del blanco original ni amarillento por el pa-

so de los años, sino de un delicioso color crema. Había sustituido los puños y el cuello por terciopelo negro, y los botones eran cubos de oro y ébano. Teselas. Cada una de ellas tenía dos agujeritos diminutos para introducir el hilo.

—Eres un genio —le dijo con total sinceridad—. Y la mejor prima del mundo. —Procurando mantener un brazo estirado para proteger la camisa, la abrazó con el otro—. ¡Los Snow siempre caen de pie!

—¡Los Snow siempre caen de pie! —se pavoneó Tigris. Era el dicho que los había ayudado a sobrevivir a la guerra, cuando cada día era una lucha constante por no acabar bajo tierra.

—Cuéntamelo todo —le pidió, sabiendo que su prima estaría deseando hacerlo; le encantaba hablar de ropa.

Tigris alzó las manos y dejó escapar una risa entrecortada.

—¿Por dónde empiezo?

Y empezó por la lejía. Le comentó a Fabricia que las cortinas blancas de su dormitorio parecían sucias y, al dejarlas en remojo con lejía, metió también la camisa. La prenda había reaccionado muy bien, pero, por mucho que la empapara, era imposible eliminar las manchas. Así que la había hervido con un puñado de caléndulas marchitas que había encontrado en el contenedor de basura de la vecina de Fabricia, y las flores habían teñido el lino lo justo para ocultar las manchas. El terciopelo de los puños procedía de una enorme bolsa de terciopelo con cordones en la que guardaban una de las placas, ya inservibles, de su abuelo. Las teselas las había arrancado del interior de un armario del baño de la doncella. Le había pedido al encargado de mantenimiento del edificio que les taladrara unos agujeros a cambio de arreglarle el mono de trabajo.

—¿Eso ha sido esta mañana? —le preguntó Coriolanus.

—No, no, ayer. El domingo. Esta mañana... ¿Has en-

contrado mis patatas? —La siguió a la cocina, donde abrió el frigorífico y sacó la sartén—. Me quedé despierta hasta las tantas sacándoles el almidón. Después fui corriendo a casa de los Dolittle para usar una plancha en condiciones. ¡Estas las he reservado para la sopa!

Tigris volcó el revoltijo de la sartén sobre la col que hervía al fuego y lo removió todo con la cuchara.

Su primo se fijó en los círculos violáceos bajo sus ojos de color castaño dorado y no pudo reprimir una punzada de culpa.

—¿Cuánto hace que no duermes? —le preguntó a Tigris.

—Bah, estoy bien. Me comí las peladuras de patata. Dicen que ahí están las vitaminas. Además, hoy es la cosecha, ¡así que podríamos decir que es día de fiesta! —añadió alegremente.

—No con Fabricia.

En realidad, no lo era en ninguna parte. El día de la cosecha era algo horrible en los distritos, pero tampoco se celebraba mucho en el Capitolio. Como a él, a casi nadie le agradaba recordar la guerra. Tigris se pasaría el día pendiente de Fabricia y de su variopinto grupo de invitados, que intercambiarían lúgubres historias de las privaciones pasadas durante el sitio y beberían hasta perder el conocimiento. Lo peor vendría al día siguiente, cuando le tocara ayudarlos con sus resacas.

—Deja de preocuparte. Toma, ¡date prisa y come!

Tigris sirvió sopa en un cuenco y lo dejó sobre la mesa.

Coriolanus le echó un vistazo al reloj, se tragó la sopa sin importarle que le quemara la lengua y corrió a su dormitorio con la camisa. Ya estaba duchado y afeitado, y, por suerte, no le había salido ninguna espinilla que afeara sus pálidas facciones. La ropa interior y los calcetines negros que le proporcionaba la Academia estaban bien. Se subió